

Resumiendo su idea, dirige á los Reyes estas palabras: «Y digó que Vuestras Altezas no deben permitir que ningun extranjero entre en este país y comercie en él, si no es cristiano católico; que ningun español aporte aquí, si no es verdaderamente cristiano, pues el proyecto y ejecucion de la empresa fué únicamente el aumento y la gloria de la religion cristiana (1).»

Inspiradas estas palabras á la vista de las nuevas magnificencias, y escritas al cabo de cuarenta y seis dias de ocurrido el primer desembarco en la isla de San Salvador, áun ántes de la completa realizacion del Descubrimiento, merecen ser atentamente meditadas. Estas palabras, como su fecha, tienen decisiva importancia para fijar bien el verdadero carácter de la empresa de Colon. Ya no es lícito dudar de los verdaderos motivos que guiaban al mensajero de la Cruz, ni engañarse acerca del objeto que él se proponía. El primer objeto de los esfuerzos de Cristobal Colon era la gloria de Jesucristo, el aumento de su Iglesia, y por consiguiente la salvacion de las almas y la civilizacion de los pueblos.

Las maravillas de aquella naturaleza cautivaban con sus hechizos al Almirante á pesar de su premura. «Pareciale hallarse en medio de ilusiones y de prestigios.» Por esto dió el nombre de Puerto Santo á este lugar cuya magnificencia á la par que asombraba el espíritu, imponía respeto é inspiraba santos pensamientos. Por espacio de tres días le detuvo la admiracion en PUERTO SANTO, extasiándose, sin poder saciar su vista. Su impaciente sed de oro pareció apagarse aquí en la serena suavidad de la atmósfera, y la frescura de los bosques cuyos aromas deleitaban el olfato. El contemplador de la Creacion pareció dominar un instante al apóstol de la Cruz, forzado á descubrir tierras desconocidas, á fin de extraer de las mismas el precio del sagrado rescate. Queda abismado en la admiracion de las obras del Verbo y no puede prescindir del delicioso atractivo de tan bellissimo espectáculo. Si bien calla con modestia su ternura religiosa al indicar sucintamente en su diario las bellezas de aquella naturaleza, adivinanse fácilmente las estáticas emociones que arrobaban su corazón. ¡Con qué dicha no rezaba su oficio el hijo adoptivo de la Familia Franciscana segun la regla de la Orden Seráfica bajo las bóvedas de aquellos bosques seculares, templo primitivo de la naturaleza, rodeado de los prodigios del Criador, mezclando su voz con la vigorosa voz de los vientos que recorren aquellas soledades!

Con todo, un talento tan práctico y positivo como el de Colon no podía consumir, sin inmediata utilidad para su empresa, el tiempo concedido á la satisfaccion de su alma. Aprovechando aquella estancia que ciertas contrariedades atmosféricas

(1) «Y digo que Vuestras ALTEZAS no deben consentir que aquí trate ni faga pié ninguno extranjero, salvo católicos cristianos, pues esto fué el fin y el comienzo del propósito que fuese por acrecentamiento y gloria de la religion cristiana, etc...»—*Martes, 27 de noviembre.*

parecían justificar, prodigaba cuidados higiénicos á las tripulaciones, y bajo el mando de un oficial acompañado de intérpretes indios, enviaba á diferentes partes piquetes armados para reconocer el país y ponerse en relacion con los habitantes; pero, estos huían obstinadamente, siendo inútiles cuantas batidas dieron. Solamente en un pueblo lograron los españoles apoderarse de algunas mujeres con tres niños, y sorprender una embarcacion de indígenas cuyos remeros se llevaron consigo.

El viérnes, 30 de noviembre, ántes de marcharse de Puerto Santo (1), quiso Cristóbal Colon consagrar, por la señal de la Redencion, aquel sitio donde resplandecía de un modo tan particular la magnificencia del Verbo. Mandó á los carpinteros de los buques que prepararan una Cruz muy grande. Los marineros de las dos tripulaciones llevaron con gran pompa aquella gran Cruz, el día primero de diciembre, á la principal altura que dominaba la entrada del puerto. Allí se la levantó con toda la solemnidad posible, y sólidamente se la «fijó en la roca viva.»

Como el viento fué contrario al siguiente día, pudo Colon santificar el domingo junto al signo sagrado, y prolongar tambien durante todo un día los castos placeres de su contemplacion.

El lúnes practicó el Almirante en lancha un reconocimiento de la costa al Sudeste, y descubrió un astillero de construccion naval indígena muy bien ordenado en todos conceptos, en el que habia botes de una sola pieza cada uno, capaces de contener más de cien personas. El día siguiente, 4 de diciembre, se llevaron anclas y se continuó navegando hacia el Oeste.

Alejándose de Cuba el Almirante, para dejar á esta tierra un nombre significativo, llamó su extremidad oriental Alpha y Omega, «principio y fin,» porque allí comenzaban las Indias occidentales; allí terminaba el Oriente del Asia. Era el punto reciproco de la partida y de la llegada del antiguo mundo al nuevo.

§ V.

En vano se buscaría en Cristóbal Colon un pensador elegiaco, un contemplador estérilmente entusiasta de la naturaleza al través de su vehemente amor á la creacion. La admiracion que le causó el país, el trabajoso estudio que hizo de la flora y de la fauna de las nuevas regiones, las observaciones que practicó en el

(1) EL PUERTO SANTO, devastado desde entónces á hierro y fuego, se llama hoy *Baracoa*. Su situacion, admirable siempre, ha dado origen á una ciudad que lleva su nombre, pero cuyo destino no ha sido ménos vario que su perspectiva. Esta capital de distrito sirve hoy de secreta guarida á los traidores, conspi-

suelo que él creía que tenia ocultos oro y pedrerías, no absorbían exclusivamente su poderosa facultad de meditacion. Esforzábese con igual ardor en descubrir el carácter de aquellas hordas que se ocultaban cuidadosamente al acercárseles. No pudiendo verlas detenidamente y observarlas, valiase de su profunda intuicion: digámoslo en una palabra: las adivinaba.

Efectivamente, sus relaciones con los individuos y habitantes de aquellos países fueron, desde su primer viaje, lo que pudieran haberlas hecho la observacion más minuciosa y la experiencia de la práctica. Jamas cometió ningun error, ni incurrió en descuido alguno con respecto á aquellos pueblos. Supo hacerse comprender y amar por ellos, dominarles por la afabilidad, y lograr mucho ascendiente personal en su ánimo. Como el cuidado de su salvacion era su primer móvil, aprovechaba todas las ocasiones de inspirarles una elevada idea de los europeos, á fin de que desearan parecerseles y adoptar sus costumbres. Por una magnanimidad constante quería mostrarles la sublimidad del Evangelio que iba á anunciarles. Sin la dura avidez de sus tripulaciones, seguramente que los indios no habrían sentido más que respeto y gratitud hacia «los hombres celestiales,» como les llamaban ellos.

Jamas despreciaba Colon ninguna circunstancia, ningun pormenor, ni hombre alguno, por insignificante que pudiera parecer. Entre las islas Concepcion y Fernandina encontró un indígena, que iba solo en un bote, y le hizo subir á su embarcacion en donde le trató bien: precisamente se descubrió que era un correo enviado á una parte de las Lucayas, para publicar allí la llegada de los «hombres divinos.» Á fin de que creyeran la asombrosa noticia, traía consigo dos monedas y varias cuentas de vidrio. De semejante hecho infirió Colon que dentro de poco se sabría su llegada en lejanos países, pero que importaba propagar, junto con la noticia, la buena fama de los hombres *venidos del cielo*. La prudencia y la política, tan acordes con su natural inclinacion, le aconsejaban la munificencia y dulzura para con aquellos pueblos cándidos. De antemano ya les amaba Colon realmente en Jesucristo; les amaba primeramente como ama el padre al hijo que no le conoce todavía, y ellos, con su simple instinto, le demostraban confusamente algo de su cariño. Agotaron en su favor la poca constancia que poseía su movilidad de carácter. En ningun tiempo ni lugar demostraron los indios á ningun europeo la confianza y adhesion de que dieron pruebas á favor de Cristóbal Colon, porque tenia este el don de hacerse amar y obedecer por ellos sin violencia.

Como observara el Almirante la falta de toda clase de habitaciones en la playa

radores, negreros y aventureros de toda clase pagados por los liberales de la Union. En ese puerto, antiguamente santificado, tienen su nido los más osados buitres americanos, materialistas de baja estofa, déspotas brutales, esclavos á su vez de la multitud. Desde allí esparcen, con los dollars y la calumnia, contra la corona de España, los revolvers con los que se prometen sorprender de improviso á Cuba, la reina de las Antillas. Los peores de todos los hombres codician la posesion más magnífica de los mares. No lo olvide Francia.

y en las orillas de los ríos, á pesar del encanto de los sitios y la comodidad que ofrecía el territorio, y viendo que todas las chozas estaban dispuestas de tal manera que sus habitantes pudieran ver ántes de que se les viera á ellos, dedujo de ahí con mucha sagacidad que, obligándoles á la vigilancia una causa general, les tendría precavidos algun peligro comun. Supo que una raza extranjera mas osada, y mejor armada, solia llegar en botes á aquellas playas para robar á los ribereños. Supo, despues de haberse negado á creerlo primeramente, que, en medio de la paz y abundancia de aquella risueña naturaleza, recorrían atroces salvajes los linderos de los bosques, no para saquear las chozas, sino para arrebatar á los mismos habitantes, llevárselos por fuerza, apriscarlos como rebaños, engordarlos y alimentarse con su carne. Estas noticias eran harto ciertas. Los caribes antropófagos, extranjeros en aquellas islas, distintos de los indigenas, por el cráneo, las facciones, el color, el idioma, las pinturas del cuerpo con almagre, las armas y el ciego valor, habian invadido aquellos pueblos y diezmaban á los pacíficos insulares. Colon entrevió el cambio más feliz en la condicion de aquellos pueblos; viólos libres en adelante de sus opresores, merced á la proteccion de Castilla, gozando de los consuelos de la fe y puestos en posesion de la salvacion eterna.

Bendecía á Dios por haberle enviado para aquella obra de misericordia, y ansioso de cumplir su apostolado, obraba como precursor de la Buena Nueva. Ántes de poder hablar inteligiblemente á los indigenas del Redentor que ardía en deseos de hacerles adorar, sentía Colon gran placer proclamando á los cuatro vientos, en la lengua de la Iglesia Católica, el poder del Verbo y hacer resonar en aquellas orillas el nombre muy amado del Salvador. Donde quiera que atracaban sus botes, plantaba Cruces, á fin de que los indios supieran con anticipacion que aquel signo venerable era el de «los hombres celestiales» ó destinados á serlo. La escuela protestante ha callado esas plantaciones de cruces, ó ha querido suponer que al erigirlas el Almirante quería solamente dejar una señal ostensible de su toma de posesion. La distincion de las cosas se opone aquí á toda confusion acerca de los sentimientos y de su objeto. No permitiremos nosotros que nadie se equivoque en esto, porque el mismo Colon explicó claramente sus actos é intenciones.

Una vez efectuada la toma de posesion segun su forma regular, el Almirante plantaba tambien Cruces, escogiendo para ello los sitios más visibles y pintorescos, siendo su objeto preferente, al hacerlo, el honrar al Redentor divino más que atestiguar su prioridad de descubrimientos. Cuanto más deseaba recoger en su alma su admiracion hacia las obras del Verbo, tanta mayor necesidad sentía de glorificar ante los hombres al Salvador de la humanidad. No sólo daba gracias á Dios por haberle escogido para descubrir los nuevos territorios, sino por haberle concedido la honra de haber sido el primero en enarbolar, en aquellas playas

desconocidas, la Cruz, signo inmortal de la inmortalidad conquistada. En aquellos atractivos desiertos se consideraba cual otro Juan Bautista, preparando los caminos de Aquél que iba á venir con su gracia santificante bajo el simbolo eucaristico. Elegido Cristóbal Colon por la Providencia, precedía á los nuevos apóstoles, sus hermanos los Franciscanos, sus amigos los religiosos de Santo Domingo, á quienes debian seguir muy pronto los santos émulos de Francisco Javier.

Esforzábbase el Almirante en despejar el entendimiento de los indios que tenía á bordo (1), y les interrogaba frecuentemente, no obstanté el mal resultado de sus preguntas y la confusion de sus respuestas. Desde los primeros días reconoció sus disposiciones para lo hiperbólico y lo fantástico. Sus afirmaciones más terminantes nunca merecian más que una confianza muy limitada.

No debía Colon desconfiar solamente de las explicaciones de sus intérpretes, sino que debía guardarse tambien de los asertos de los sabios y de los viajeros de que se hallaba rodeado. Érale preciso desconfiar de lo que veía, de lo que oía, y de lo que se resolvía. Es indudable que habria estado más cerca de la verdad si, contra de lo que dictaban su modestia y prudencia, se hubiese atrevido á desprenderse completamente de los errores de los cosmógrafos, que formaban entónces autoridad, para no atenerse sino á sus solos presentimientos. Un poco de presuncion le hubiera ahorrado muchas perplejidades. Como es muy natural, no podia explicar las cosas que encontraba sino por las que ya sabía; porque el talento humano, en el camino que sigue en este mundo, no llega á lo desconocido sino por lo conocido. Colon habia leído los cosmógrafos, los geógrafos, los viajeros y Marco Polo como los demas. Entre todos estos libros parece que el «Cuadro del mundo,» *Imago Mundi*, del cardenal Pedro d'Ailly, fué el único que adquirió en su ánimo un crédito en el que no tuvo ménos parte que su ciencia la gerarquía eclesiástica y la ortodoxia del autor. No obstante, mientras se apoyaba en afirmaciones de ciertos escritores, jamas se referia á ellas de una manera absoluta. Dudaba, conjeturaba, presumía posible, pero sin afirmar nada terminantemente. Su penetracion, sus presentimientos, y hasta una especie de inspiracion, le impedían caer en el extravío de un sistema.

Háse repetido á menudo que el Almirante se alejaba de Cuba, persuadido de que habia hallado la extremidad del continente asiático. Este es tambien otro de los errores tradicionales que parece aceptado sin exámen: más adelante lo combatiremos con sobra de hechos y documentos. Ni siquiera el nombre genérico de Indias, dado por el Almirante á las tierras descubiertas, y el de indios aplicado á

(1) Colon tenía un total de veinte Indios ó Indias y tres niños á bordo de las carabelas, á saber: siete insulares, sacados de San Salvador; seis hombres, siete mujeres y tres niños sacados de Cuba.